

# Notas

MONSEÑOR TIBERIO DE J. SALAZAR Y HERRERA

*Por el P. Guillermo Escobar V.*

*(Oración leída por su autor en el homenaje rendido a Monseñor Salazar, por la Universidad Pontificia Bolivariana)*

El 15 de septiembre de 1936, hace hoy 14 años, el excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Tiberio de Jesús Salazar y Herrera, administrador apostólico de la arquidiócesis de Medellín, firmaba el histórico decreto que dio el ser a esta Universidad y cuya parte resolutive pertinente dice: "Fúndase en la ciudad de Medellín, capital de la arquidiócesis del mismo nombre, en el Departamento de Antioquia, República de Colombia, una Universidad, que se denominará Universidad Católica Bolivariana, destinada a la educación cristiana de los jóvenes que quieran educarse en ella".

Al eco de la augusta palabra pontifical, como al conjuro irresistible de una fórmula sacramental, nació, providencialmente joven y lozana, la entonces Católica Bolivariana cuando muy mucho lo necesitaba la Patria, lo reclamaban los generosos ideales del Libertador Don Simón Bolívar, lo anhelaban angustiados los hombres de buena voluntad, lo merecían las jóvenes generaciones de verdad y de bien hambrientas y sedientas y cuando Dios lo quiso.

Dios obra entre los hombres sirviéndose de hombres. Tiberio de Jesús Salazar y Herrera fue aquí el eco de la divina palabra omnisciente, el instrumento del divino, omnipotente brazo. El excelentísimo y reverendísimo arzobispo Tiberio Salazar y Herrera es el fundador de la Pontificia Universidad Bolivariana.

Fue el excelentísimo señor Salazar varón de sencillez ejemplarísima: ni el honor del sacerdocio jamás por ningún mortal merecido; ni la gloria del episcopado con los poderes, honores y atavíos de principado eclesiástico; ni el palio arzobispal de esta insigne metrópoli; ni los títulos que Roma justa le otorgó; ni los pregones con que la fama anunció su paso; ni lo mucho que Dios le entregó en secreto carisma; ni lo que los hombres le ofrendaron con victo-

rioso aplauso, nada pudo alterar ni en el ambiente de su palacio, ni en la dispensación de su cariño, ni en la benevolencia de su trato la como ingénita sencillez pregonera constante de rectitud de juicio, magnanimidad de espíritu, sometimiento de pasiones ruines, entereza de varón cumplido, gracia y mérito de sacerdote santo. Como Dios gusta de elegir a quienes en nada se reputan para confundir a los que son, porque gusta de menguar a quienes locamente se magnifican y de magnificar a quienes sabiamente se amenguan, tuvo que hacer del humildísimo señor Salazar un varón de tan excepcional querer y poder que ni pudo ni quiso hacer sino obra magna, suficiente en demasia para magnificar su nombre e inmortalizar su memoria: la imponente iglesia parroquial de Sonsón, la gigantesca Catedral de Manizales, el magno Congreso Eucarístico Nacional de Medellín, la gran Universidad Pontificia Bolivariana. Eso ve la mirada humana y justifica el elogio; pero el sacerdocio en plenitud no es para material obra que perciban los sentidos sino para interior, arcana, espiritual realización por sólo las almas sentida, por los espíritus sólo percibida y por el solo Dios dignamente elogiada y bendecida: qué espectáculo nos reserva la eternidad bienaventurada: la sublime visión de la obra magna espiritual del humildísimo señor Salazar! Ecce sacerdos magnus!

Mirad señores, en este solar bolivariano historiada para siempre la magnanimidad del arzobispo Salazar y Herrera: el predio para la Casa por él fundada tuvo que ser extenso y libre para sus miradas y siquiera un tanto helgado para las inmensas ambiciones nobles de su espíritu; de los campos que él recorrió con fecundo tránsito surgieron estas arrogantes construcciones; el fulgor de su mitra congregó aquí esta vocinglera muchachada bolivariana; su báculo dió aquí fortaleza al varonil denuedo de los fundadores que libraron en horabuena la batalla de la ciencia por la fe; y su acertado conocimiento de los hombres, otro de los dones del magnánimo arzobispo, eligió para savia de estos surcos, para faro de este puerto, para corazón y sangre de esta vida al egregio Monseñor Manuel José Sierra de memoria inmortal.

En ceremonia tan modesta como justiciera colocamos en estos muros el escudo arzobispal del fundador de la Bolivariana. El diáfano espíritu del arzobispo Salazar no quiso buscar en la heráldica símbolos cuya comprensión exigiera cultura y exégesis, y en la imagen del Buen Pastor, único blasón de su escudo, adoctrinó a los sencillos, confortó a los extraviados, dijo al clero lo que implica la misión sacerdotal, expuso, con la misma sencillez de la parábola, la caridad, y la fortaleza, la piedad y la justicia, la doctrina y el sacrificio; y dibujó ante su alma el modelo mejor que imaginarse pueda para ser remirado e imitado por quien tiene el encargo de representar entre las espirituales greyes a quien dijo de sí: "Yo soy el Buen Pastor". Con qué noción de sublime unidad grabó el arzobispo de la educación, bajo la imagen del Divino Pastor, el lema de su ministerio pontifical: Omnibus omnia factus: soy todo para todos, tan católico como la Iglesia, tan magnánimo como el alma del apóstol, tan sacrificado como el espíritu del mártir, tan pastoral como la parábola del Buen Pastor.

Gloriosamente blasonada queda para siempre esta Casa con el escudo del arzobispo fundador; el espíritu que intuyó esta obra colosal, el corazón que la amó "hasta el sacrificio, si fuere necesario", alentarán aquí bajo este símbolo y queda hoy cumplido a la luz del sol el hidalgo pronóstico del actual rector: "Cuando la munificencia de Medellín y de Antioquia y la magnificencia del catolicismo nacional levanten los pabellones de la futura ciudad de la Universidad

## Notas

Bolivariana, jóvenes estudiantes de las distintas facultades enseñarán a los peregrinos de todos los confines del país y de las naciones vecinas un escudo, incrustado en el frontispicio sigilado por las palabras del escudo arzobispal, encendidas como San Pablo, su autor; abiertas como el corazón de Francisco de Sales y generosas como el alma del señor arzobispo Tiberio Salazar y Herrera: Omnibus omnia factus”.

Racional fruición experimenta el hombre cuando sordo a las voces de locuaz orgullo o de interesada lisonja y hecho ya silencio y hasta olvido el ditirambo de los áulicos, juzga a los hombres, como lo estamos haciendo, por lo que son y hacen; y cuando a la causa que les hizo denodado el brazo, generoso el corazón e iluminada el alma se le rinde toda gloria y honor, la racional fruición se torna tan honda y tan alta, tan pura y tan noble como la sentencia de la justicia, como la voz de la verdad: gózome en llamar gloriosa e inmortal la memoria del arzobispo Salazar y Herrera, fundador de esta Casa, pero tórnase más cordial y aquilatada mi alegría cuando ante la promisoría juventud bolivariana puedo proclamar la vital y siempre joven energía de la Iglesia, maestra de la verdad, cuyo espíritu vivificó el arzobispo Salazar para la Bolivariana, como a Lobo Guerrero para San Bartolomé, a Cristobal de Torres para El Rosario y a quienes en ya remotos años y en el Viejo Mundo dieron ser a las Universidades de Alcalá y Salamanca, Oxford y Cambridge, París y Lovaina y crearon para la historia eclesiástica universal, un glorioso sistema de iluminadas ciudades espirituales sobre vertiginosas montañas edificadas que miran atónitos los viadantes de todos los caminos, así tengan la sandalia peregrina enlodada con el barro de todos los valles o hayan hecho el pie ágil y fuerte por las continuas ascensiones trabajosas de colina en colina.

Sin restar nada a la sinceridad de este homenaje me atrevo a afirmar que estas humanas ceremonias más que al continuo recuerdo obedecen al temor del olvido perpetuo: tan ingenuo y cándido como el labrador que por el amor que profesa al florido guayacán, al maizal en espiga o a la era en sazón, creyera que el arroyo vecino que los hizo fecundos, guarda siempre en unas mismas linfas la imagen de la belleza que en ellas se retrata, tan cándido e ingenuo repito, sería quien pensara que esta rauda corriente del humano vivir guarda fresca la imagen y con ella el recuerdo de quienes fueron ayer y hoy no parecen.

Sabes cumplir, Pontificia Universidad Bolivariana, un deber de justicia, enseñas una lección de fundamental educación social y cristiana y nos alimentas la esperanza de escuchar complacida y realizar jubilosa y espléndidamente nuestro piadoso anhelo de esta obra; cuando aquí viva en pleno la familia bolivariana, cuando las magnas avenidas parcelen estos campos, cuando sean diarios visitantes de estas aulas todos los sabios que Medellín acoja, cuando aquí se sienta palpar toda la América en el corazón de sus brías juventudes, cuando suene la hora providencial de todas las divinas bendiciones, entonces, en el sitio más honroso, levántese la estatua del arzobispo Salazar y Herrera sin más adorno el pedestal marmóreo que la histórica resolución: “Fúndase en la ciudad de Medellín, en el Departamento de Antioquia, República de Colombia, una Universidad, que se denominará Universidad Católica Bolivariana. Tiberio, Arzobispo de Medellín”.

A su sombra, después de la jornada diaria, vengan los jóvenes, sedientos de gloria, a pensar, reflexionar y comprender que sólo es glorioso el hombre que hace en el tiempo obra de eternidad.

EL PADRE MIGUEL GIRALDO SALAZAR

Por Mgr. Félix Henao Botero

(Oración leída por su autor en el sepelio del Padre Giraldo Salazar).

*"Labia justi erudiunt plurimos"* Proverbios 10-21.

"Los labios del justo educan a la muchedumbre".

*El Párroco*

Admirable institución la del párroco frente a las greyes cristianas. El párroco es un centro al cual convergen plácidamente las miradas y los dolores humanos de los pueblos y de las naciones cristianas. Dotado por Dios de la gracia de estado perdona levantando, consuela aconsejando, escucha el dolor callado de las muchedumbres y lo unge con el óleo del Señor. En torno a las parroquias, a las abadías y a los obispos, han surgido los pueblos y las ciudades y son los campanarios parroquiales voces que lloran con los tristes, repiques exultantes en los días de pascua, amonestación clamorosa en la Cuaresma y en Alviento y noble susurro en los aires cuando invitan a los ángeles a rodear con los hombres el tabernáculo del Señor.

Quitad el confesonario parroquial por unos días, apagad las lámparas que arden delante del amor de los amores, suprimid el cariñoso compás de los campanarios y esquilonos, prescindid de la dramática educadora de la Liturgia y veréis cómo el pueblo se queda sin recursos y valores morales, reinará la zozobra en los hogares y se esfumará fugitiva la paz de las familias. Es psicólogo el párroco por experiencia prolongada y por la gracia de Dios. Acostumbrado a transcurrir de brazo con las almas, no son secretos para él los humanos dolores, ni esquivas las luces de la inteligencia en el esclarecimiento de las pasiones y en la pacificación de las tempestades interiores.

El párroco de Yolombó creó la primera casa campesina del país con horizontes de esperanza para los labrantíos; párroco en Sonsón continuó la tarea de los eximios prelados antecesores y dio nuevo impulso a las instituciones sociales de la ciudad y del templo; párroco en San José era la suya una parroquia ejemplar por la dignidad en el culto, por la sobriedad litúrgica en las ceremonias, por las pláticas doctrinales que atraían a Medellín todos los domingos en la misa de las 10 de la mañana. Los pueblos tienen el raro don de comprender y seguir en pos de los naturales conductores del espíritu. El P. Giraldo como predicador de Homilias, no ha tenido quien le supere en este siglo en Medellín y no obstante sus exquisitos atributos de elocuencia pasaba las vigiliass y los instantes libres preparando las exposiciones de la cátedra. Eran sus autores favoritos Santo Tomás de Aquino, los clásicos de España, los apologistas franceses y las Encíclicas del Pontificado.

Los temas teológicos surgían de sus labios encendidos en el amor y la esperanza. Generalmente sereno, tomaba el acento terrible de los profetas de Israel cuando el lobo se atrevía a desafiar las puertas del templo o si llegaba amenazante, vestido con piel de oveja, hasta el aprisco sagrado. Sabía, comprendía y demostraba que la idea cristiana es el centro de la cultura latina y dialogaba con las multitudes sobre los complejos problemas de la sociedad, iluminándolos con la lumbre revelada. Nadie salió de San José menos ilustrado ni menos convencido, ni remiso a la obra del apostolado social. Sabía los resortes de las multitudes creyentes, se iba directamente a las inteligencias con los dogmas y las razones, fortificaba la voluntad de los creyentes y recogía de inmediato las mieses para las troyes del apostolado social.

De manera sorprendente le entendían, escuchaban y admiraban, como a predicador sagrado, el profesional y el sacerdote, el labriego y la mujer humilde, los chiquillos de los barrios pobres y los universitarios, las doncellas y las viudas. Su profunda sencillez en exponer era hija de su inteligencia esclarecida, de su dialéctica meridiana, de su corazón apostólico y de sus sorprendentes dotes como pedagogo. Los temas y problemas más oscuros, al pasar por el tamiz de su sabiduría se esclarecían igual que los rayos de sol iluminan las tinieblas. Fue un sacerdote de estudio sobre los libros y en contacto con los sabios. Hasta el sencillo aposento de la casa cural llegaban las últimas modalidades del pensamiento universitario y se acercaban los hombres cultos de la sociedad en ademán de consulta, en busca de la paz o de la sabiduría.

Fue el consultor de inmensas categorías sociales porque poseía el raro don de oír, de ver y de prevenir. Ha perdido la ciudad a un conductor, la pedagogía, al más ilustre cultivador en Antioquia, su familia, al cariñoso protector, la ciudadanía a un padre, el clero al ilustre consejero tan expedito como audaz, los profesionales al intérprete, los niños pobres al padre espiritual que les daba albergue, vestido y pan con cariñosa sencillez y sobrenatural fruición.

### *El Hombre de Ciencia*

Desde el Seminario y en el magisterio, el Padre Miguel Giraldo poseyó la más exquisita inquietud por los valores del espíritu. Artista por temperamento y por herencia en la música sagrada, sociólogo por vocación y por estudio, filósofo por afición y por meditación inductiva, teólogo en la pastoral y en la dogmática, canonista acertado y profundo, escritor fácil y orientador, humanista, conocía las lenguas contemporáneas también y era peritísimo en la historia eclesiástica y en el desenvolvimiento de la cultura a través de las edades. Intuía los problemas metafísicos y los discriminaba después, aplicándolos con el don de la sindéresis al caso y al problema. Seguro en los principios, más que humano en su aplicación, era pedagogo y psico-analista consumado. Lanzó la hojita del Catecismo a todo el país, sencilla y placentera; tradujo obras de aliento indispensable; transmitió la filosofía perenne en consonancia con la Psicología actual; encendió a los universitarios y a los seminaristas en el amor a las tesis inmortales y en el respeto y admiración a los cánones de la Iglesia; y en antiguas controversias del Seminario sobre Sagrada Teología, Monseñor Sierra y el Padre Milicua sabían que de habérselas con él, eran precisas vigiliadas prolongadas, porque en objetar era destructor, en demostrar muy acertado, en sugerir inquietudes y lagunas francamente espléndido.

Al conversar con la gente se colocaba en su nivel cultural para levan-

## Notas

tarla sin herirla ni dejarse sentir hasta la categoría maravillosa de su ilustración y su talento. Espigaba motivos, reflexiones, programas y acicate en su trato con las personas, de donde surgían sus obras tan semejantes a las necesidades del pueblo que se confundían con ellas y se conjugaban con sus nobles ilusiones. En el Sínodo, en las conferencias del clero, en las Academias del Seminario, en las reuniones de los claustros bolivarianos, en un torneo internacional de la inteligencia católica de Chicago, como juez en la Curia, como consultor de los prelados, en el consejo a los sacerdotes, en el estudio con los profesionales, en los artículos de prensa, en la defensa del Dogma y de los fueros eclesiásticos, en la perpetua inquietud de saber, el padre Giraldo, aportaba el acerbo del convencido, el tesoro de sus conocimientos, la claridad del expositor, la fuerza del raciocinio, la habilidad del sicólogo y la audacia cautivadora de la iniciativa. Los que educan a muchos para la justicia, ha dicho el Espíritu Santo, brillarán como estrellas en perpetuas eternidades. Murió pensando, murió estudiando, murió compadeciendo. Qué hermoso atardecer.

### *El Hombre de Acción*

Los campesinos de Yolombó, los universitarios pobres, los feligreses de Sonsón, las organizaciones católicas por los sacerdotes enfermos o desvalidos y esta ciudad católica de Medellín, saben que el Padre Miguel tan acertado en exponer, tan eficaz en sugerir, tan rápido en comenzar, tan tranquilo en el desarrollo de las empresas, tan hábil en seleccionar el personal dirigente, tan ausente de embarazosas complicaciones en el despliegue de sus actividades pastorales, tenía la prudencia que rige, la sencillez que allana los problemas, la pericia en el manejo de la nave en los escollos, la persistencia sin desmayos, la confianza en Dios, que todo lo prospera y conforta, y la exquisita osadía que conquista adeptos y colaboradores por doquier. Quien le escuchaba el programa de su acción sabía decidido a luchar con él porque era tan sugestionante en planear como agradable en exponer y tranquilo en sostener la obra comenzada.

Mas de un centenar de escuelas se desparraman por las vías y las montañas de Antioquia, y de no pocas regiones lejanas del país. El vió a numerosos prelados, conductores, pedagogos y magistrados estudiando con él el secreto de tanta porfía, de sobrenatural alcance y patriótica conveniencia. La mejor obra popular educativa de América fue llamada la suya, de las Escuelas Populares Eucarísticas, en el Agora Norteamericana cuando el cardenal arzobispo congregaba a los más escogidos conductos pedagogos de este lado del Atlántico.

Ninos sin pan, lo tuvieron abundante; chiquillos sin caricias paternas, las consiguieron a granel; pobrecillos de los barrios remotos o de los labrantíos apartados, recibieron las cartillas y los mapas, el catecismo que es el mejor manual educador de multitudes, las elementales nociones de higiene, trabajo manual, respeto por la sociedad, encendido amor a Dios y a la bandera. Patriota insigne y denodado, su pecho recibió el símbolo consagratorio. Sus escuelas llevan el nombre de los próceres nacionales y de los santos, que son los grandes caracteres de la historia.

No contento todavía recibió de un varón cristiano y de una dama ejemplar, el donativo de una granja espléndida en La Ceja, hacia la cual enrutara a los chiquillos en busca de la paz educadora de los campos, de las aguas puras que descenden de las colinas cercanas, del alimento nutritivo y frugal, del manto acogedor de Nuestra Señora y del Pan Eucarístico que refrena los odios de

## Notas

clase, aplaca las pasiones, cobija las miserias, consuela la orfandad y se confunde amorosamente con los niños humildes.

X X X

Hoy lloran los campanarios, se estremecen los sepulcros, hay silencio en la casa cural, sollozamos los sacerdotes, agonizan interiormente muchas almas, estan de luto las letras, y el llanto clamoroso de cinco mil niños pobres se une a la plegaria de las maestras sencillas y buenas por el padre que se ha marchado, dejándolos en la tristeza y la orfandad.

Dio de comer al hambriento, de beber al sediento, asilo al fugitivo, vestido al desnudo, el consejo al necesitado, el pan del espíritu a quien lo había menester, el consuelo a las viudas, la orientación a los jóvenes, la lumbre al universitario, la solución de la ética al profesional, la amistad ilustrada al sacerdote, el apoyo a la jerarquía y la paz a las almas.

Entra siervo bueno y fiel y que la antorcha del Cordero te ilumine y reposa eternamente!

MONSEÑOR MANUEL JOSE SIERRA

*Por José Mejía y Mejía*

*(Palabras pronunciadas por su autor durante el acto en el cual se colocó la primera piedra para el monumento a Monseñor Sierra, primer rector de la U. P. B.)*

Casi pudiera decir que esta ceremonia es redundante e innecesaria, porque la lápida simbólica, el selecto trozo de mármol o la fina piedra que pudieran perennizar nuestra fidelidad bolivariana a Monseñor Manuel José Sierra, se incrustan día tras día en la armoniosa construcción ascensional del egregio claustro católico que recibió el soplo místico del preclaro fundador desaparecido, cuya indomable voluntad creadora plantó un día el recio cimiento de lo que hoy es ya una de las más espléndidas fábricas de la cultura colombiana. Cada esfuerzo constructivo que se diseña o que se consolida para coronar la obra excelsa de la gran morada docente pontificia bolivariana, reforza el anillo de solidaridad entre el iluminado conductor espiritual de ayer y los continuadores abnegados del presente, quienes a todas horas eternizan su memoria, multiplican su ejemplo, tutelan el patrimonio doctrinal y moral que nos legara su inteligencia radiante y cumplen con ceñido rigor apostólico el mandato postrimero de sus labios, para que el enérgico empeño de la gigantesca jornada que él emprendiera en un minuto estelar, persista sin una oscilación, jamás trunque su ritmo creciente, fortalezca siempre su marcha progresiva y amplíe con dilatada visión los límites del ensueño augural, extra-humana utopía que ya es carne de realidad en la tangible armazón de esta magna ciudadela de la enseñanza ortodoxa.

En el claustro pontificio bolivariano posiblemente no hayamos edificado todavía el bosque estatuario de los hombres ilustres o de las estatuas gloriosas

que le dieron el primer aliento a nuestra fundación, que contribuyeron con su pasión intelectual a levantar los iniciales arcos de su grandeza presente y que consumieron privilegiados caudales físicos o inmateriales para darle mayor solidez y esplendor a esta vasta catedral de cultura cristiana, en cuyos religiosos espacios se congregan las más acendradas mocedades de la patria. Pero, en cambio, la estela espiritual de esas insignes figuras fundadoras se hace cada día más perdurable en la propia magnificencia intrínseca y exterior del claustro pontificio bolivariano que esmalta el claro ámbito de Dios con el prodigio de su geometría, para dar testimonio ante El y ante los hombres, de que somos en todo instante rigidamente leales a las consignas creadoras de los primeros guías, ardidados capitanes de una gesta difícil que talvez amasaron inauguralmente con la arcilla huraña de los escépticos, de los tibios o de los indiferentes, pero que en sus manos se convirtió en pasta dócil para modelar el propio milagro de esta fundación. Y es que precisamente la Universidad Pontificia Bolivariana asciende desde su madrugada en vuelo triunfal como un milagro de Dios, amasado por hombres de mucha fe.

Como empresa espiritual de proporciones homéricas, la Universidad Pontificia Bolivariana es así mismo un holgado templo de la cultura y el saber, al servicio inflexible de la verdad. Monseñor Manuel José Sierra, fundador y conductor de las primeras promociones universitarias bolivarianas, fue una inteligencia convicta, de acerados tendones morales, que supo imprimir a la obra naciente el ciclópeo dinamismo interior de su alma grande. Ya decía el ingenio germano, refiriéndose a las construcciones góticas del medioevo, que no se hace una catedral de Reims con opiniones sino con convicciones. Monseñor Sierra no logró quizás contemplar la múltiple sinfonía de columnas que los insignes realizadores de hoy han erigido como sustentáculo enhiesto de la magna edificación pontificia bolivariana que él ensoñara con la noble codicia de un visionario. Pero Monseñor Sierra sí edificó la fuerte arquitectura mística que todos los bolivarianos llevamos interiormente para no oscilar un instante frente a la aspereza de cada día hasta dar cima al poderoso afán emprendido y para no disminuir tampoco la totalidad de nuestra adhesión al estatuto de doctrina primordial que encendió con vida inextinguible el augural boceto de nuestra fornida gesta.

En un diáfano libro de Pablo Valery, prietamente colmado de armonías metafóricas e intelectuales, afirma el fino escritor francés que "entre los edificios que componen una ciudad, algunos son *mudos*, los otros hablan y otros, en fin, los más raros, *cantan*. No es su destino —agrega el padre espiritual de "Eupalinos"—, ni siquiera su forma general lo que los anima o lo que los reduce al silencio. Eso depende del talento de su constructor, o bien del favor de las Musas. Porque la piedra declara gravemente lo que encierra; el muro es implacable, y una obra conforme a la verdad, proclama fuertemente su severo destino..." La Universidad Pontificia Bolivariana en su escueta, despojada y austera geometría es la imagen exacta del duro acento creador con que Monseñor Manuel José Sierra cincelara un día el quimérico proyecto que hoy es obra en acción, visible en muchos flancos, perceptible en su conjunto admirable y camino de todas las perfecciones físicas. Pero la Universidad Pontificia Bolivariana no es mera tarea de arquitectos, constructores materiales y maestros de obra. La Universidad Pontificia Bolivariana es ante todo una concepción espiritual que tenemos que construirla mediante nuestros actos intelectuales de cada día, por medio de nuestras actitudes éticas ante la vida y por nuestra conducta doctrinal delante de los hechos sociales del mundo que nos rodea. La Universidad



Pontificia Bolivariana nació a la intemperie material como el cristianismo, pero con una alma superior que es la que todos los bolivarianos debemos vigilar, desparramar por todos los espacios y costados de la vida colombiana y engrandecer con la pureza y dignidad de nuestras prácticas universitarias o profesionales. Así le damos un contenido regiamente espiritual a estos muros inertes, así edificamos el bloque victorioso de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana y así levantamos con formas eternas e incorruptibles la piedra indesquiciable que consagre nuestro pertinaz lealtad al pensamiento y al ejemplo de Monseñor Manuel José Sierra.

## REFLEXIONES SOBRE EL ARTE RELIGIOSO

Por Jorge Velásquez

Asiste la época actual a una reestructuración de valores. Todo parece que tiende a un nuevo ancauzamiento: lo social, lo político, lo económico giran dentro de líneas de valores espirituales. Una piedad colectiva así como un sentimiento solidario y cooperativo son los rasgos más visibles de esa fisonomía y parece que un gran anhelo de algo orgánico, de una comunidad viva y animada sea el objetivo de nuestro tiempo.

En esta nueva estructuración de la sociedad, el templo, cuyo alto valor social es tan desconocido como imponderable, juega un papel decisivo e imprescindible. El movimiento social es inseparable del litúrgico; mejor sería decir que están superpuestos.

Corresponde al nuevo arte restaurar la noción del templo y adaptarlo a la piedad colectiva, única armazón de la nueva forma de vida que se entrevé y que corresponde en realidad a la justa concepción de la misma sociedad.

"Una época histórica, nos dice Van Rank, es una actitud ante Dios" y en el fondo, el arte religioso no es más que la traducción de la manera como vive y siente lo eterno cada época al objetivarse a través de los medios expresivos. Aunque sea en forma pobre o titubeante, el lenguaje arquitectónico debe ser propio y no el remedo de otras épocas. Así, la forma más vigorosa de dirigirnos a Dios, por medio de la construcción de templos, será el legado que esperen las épocas futuras.

Pues bien, esas formas expresivas de otras épocas ya valen por sí, y no es necesario recurrir hoy a ellas para aumentar su valor; más bien su empleo resulta sin sentido en esta época y algunos empiezan por extrañarlas.

En materia arquitectónica la copia de estilos es la copia de eficiencias de otras épocas. Posiblemente en su tiempo esas formas constructivas tuvieron un gran rol lógico, pero hoy constituyen una burla manifiesta y expresan tácticamente nuestra incapacidad creadora.

No olvidemos que si los hombres hacen el arte, el arte ayuda a hacer los hombres, y éstos, como decía San Agustín, hacen los tiempos.

La arquitectura como arte tiene finalidades extraestéticas, que son las útiles; además busca la belleza formal, plástica y física de sus obras. Sin construcción, sin utilidad y sin belleza no puede haber arquitectura. Siempre lo be-

llo es tan esencial como lo bueno y lo verdadero; por tanto la belleza corre paralela con el objeto útil.

Los góticos y románicos fueron constructores, como lo atestiguan las obras que hoy admiramos. Sus sistemas constructivos nos lo muestran. La proporción de las mismas obras nos dicen que su intención no era el fachadismo. Las plantas eran bien concebidas de acuerdo con la función; diríase que son útiles porque están acopladas a la función misma y a la técnica constructiva de la época.

La actividad estética del hombre hace surgir la verdad más que cualquier otra de las potencias humanas y nos sitúa en un plano de realidad donde todas estas posiciones con respecto a la construcción de nuestros templos son irrealizables si no contemplamos una renovación del arte sagrado.

Inactualidad artística que envolviera la esterilidad misma del arte. No sería el hecho de cambiar la arquitectura religiosa por el sólo motivo de que todo tiende a cambiar; más bien entrañaría una revaluación litúrgica antes que una solución puramente formal.

Aún más obligados que a cambiar, estaríamos en el deber de liturgizar el arte religioso.

El arte en general, y más el arquitectónico, no sólo auxilia la liturgia sino que es condición indispensable para el buen desarrollo del dramatismo del culto y de las ceremonias.

Una arquitectura que no es vigorosa mengua el esplendor de los ritos sagrados. Frente a los mitos que se levantan hoy, es necesario hacer brillar con más esplendor los misterios del sacrificio.

Aún en forma esquemática, es necesario tener sobre el templo, una visión de su esencia, sus orígenes y su razón de ser, clara y de conjunto. Sabemos que toda religión tiene como punto básico de sus ritos el sacrificio y un altar que le da especificidad.

Siempre, a través de los siglos, el hombre ha sentido una fuerte necesidad de rendir culto a su creador. La misma debilidad humana ha llevado al hombre a ofrecer sacrificios para la propiciación de sus pecados. Allí nace la idea del altar.

Pero vemos que la misma condición del sacrificio iba reclamando protección para el altar y para los mismos sacrificadores. Nacen así las primeras construcciones religiosas, cuya finalidad era el culto, más definidamente el sacrificio.

Surge luego el templo como casa dedicada a la divinidad, que viene a completar el sacrificio en sí. Parece que esta idea se antepone a la de sacrificio y que en Grecia y Roma sea el verdadero origen del templo como recinto.

Sea cual fuere su origen, el concepto de templo cristiano tenía que ser diferente al concepto pagano del mismo. El altar es el centro del culto litúrgico, la razón esencial y el motivo de ser de todo el resto del edificio.

El templo cristiano envuelve el concepto de iglesia, de reunión; es edificio para toda la feligresía y no sólo para los sacerdotes y algunos particulares o grupos de adoradores, como ocurre en los templos paganos.

El templo es, según Gomá, la acotación de un área para abrigar la santidad del altar y cobijar en su derredor la asamblea que asiste al sacrificio. Fuera del cristianismo el culto es de carácter privado y sólo a los sacerdotes les es dado realizarlo. De allí la forma de estuche de sus templos, que guardan el altar de los sacrificios.

En los primeros tiempos del cristianismo el carácter del templo era más bien el de una sala de reunión donde los fieles iban a conmemorar la muerte del Redentor y a tomar parte en el banquete servido después. Por tanto, su origen, si bien un poco debatido, fueron la sinagoga y la basilica pagana.

Algunos afirman que las mismas casas romanas fueron su origen, muchas de las cuales se convirtieron en templos. Pero la semejanza entre las naves rectangulares y las columnas de las sinagogas, y las naves y columnas de los primeros templos cristianos, hace suponer que fue de allí de donde verdaderamente arrancaron los primeros lugares sagrados de los cristianos.

Sin tener que recurrir a más influencias y orígenes, puede decirse que el templo cristiano busca su estructura en la construcción profana, la cual, a parte de su mayor facilidad constructiva, siempre se tuvo como preconcebida para la liturgia cristiana. La esencialidad o especificidad del templo, sobre cuyos polos va a girar siempre el arte eclesiástico, radica en que en él se celebra el gran sacrificio de la misa y que no solamente es el sacerdote quien lo celebra, sino que todos los fieles coadyuvan con él. La razón de ser del sacrificio es el altar y de este es Cristo; por tanto el altar representa al Redentor y sobre su lomo, el ara santa, se inmola el Cordero.

Siendo pues el altar la parte esencial del sacrificio, es también el centro de la religión católica, y como observa San Francisco de Sales, todos los fieles son sacrificadores, es decir, la concepción misma de nuestro templo hace que él sea cristocéntrico; es, pues, un espacio en el cual Cristo víctima es el pensamiento gravitante, la cabeza del tronco de fieles.

Aparece aquí, junto al sentido funcional del templo, el sentido estructural del mismo, cuyas formas exteriores se convierten en medios de expresión del pensamiento cristiano. El edificio religioso católico no es un mero continente, un templo; es también un gran contenido, una iglesia. Simultáneamente, ese gran continente nos trae otro significado que se incorpora al mismo contenido: es la presencia de Cristo que llena el ambiente, y lo es todo al dar magnífica unidad al conjunto y totalizarlo. Por tanto los elementos materiales traen doble significado: el cristocentrismo simbólico en el cual Cristo es la cabeza de muros, techumbre, pavimentos, etc., pues con su presencia los vivifica y aspira. Y el cristocentrismo representativo en el cual materia y naturaleza animada e inanimada, anuncian a Cristo como el recapitulador de todas las cosas y el totalizador de lo existente. Parece que el punto sobre el cual se dirige esta glosa se empieza a cristalizar y vamos a pasar, ayudados por la historia de la arquitectura, a través de las épocas, aun en forma somera, para constatar con hechos la actitud de la Iglesia frente a la arquitectura y las demás artes.

Siempre ha sido la Iglesia la patrocinadora de las ciencias y las artes; bajo su amparo han florecido la pintura, la escultura, la arquitectura, amén de las otras artes y ciencias. Y las manifestaciones desde las primeras épocas cristianas, pasando por Bizancio, la fecunda Edad Media, el Renacimiento, nos muestran que su actitud erguida nos dejó magníficas catedrales, conventos y universidades.

La primera de estas actitudes se presenta con la aparición de las primeras basílicas cristianas, que con el correr de los tiempos se identifican no sólo con el templo sino que llegan a hacer de la forma basilical un símbolo. La Iglesia ante esa aparición de estructuras nuevas, no objetó medios constructivos ni recintos, porque su misión y la naturaleza misma de institución espiritual, so-

lo exigía una incorporación de los fieles con el celebrante, cosa bien distinta de lo que enseñaba y amparaba el paganismo.

Podemos con estos solos hechos ver cual es la actitud clara y sencilla que adoptó la Iglesia a través de los tiempos. Llega a aceptar sistemas constructivos paganos; adopta la bóveda y la perfecciona hasta convertirla en parte integrante del templo.

Además otras causas de origen utilitario y económico-constructivas, se van acentuando a medida que las formas románicas se aproximan a las ojivales; formas que en su época fueron completamente nuevas y modernas y que tuvieron su feliz culminación en la baja Edad Media con las magníficas catedrales góticas. Por qué si esta actitud frente a los modernos medievales es aceptada, hoy se levantan los retardatarios constructores de templos y desconocen no sólo los medios constructivos actuales, sino también la misma actitud de la Iglesia frente a su historia de ayer?

Por fortuna el alma de hoy es lo suficientemente pujante y original, para responder con hechos, como actualmente lo está haciendo, a quienes en forma tímida siguen aferrados a la copia de otras épocas y sus estilos. De la masa caótica e informe del siglo pasado y principios del presente, emerge un espíritu renovador que transforma el alma de las naciones y conmueve a los pueblos, trayendo con esa vivificación de los espíritus un florecimiento para las artes y la arquitectura. Surge la proyección de formas nuevas, no tanto como formas en sí, sino como principios, ya que la arquitectura no consiste en materiales preciosos y acumulación superflua de ornamentalidad, sino en una expresión sencilla de materiales estructurales, que consigan su verdadera necesidad. Porque una forma que racionalmente no se pueda explicar no es bella.

Recordemos que la sencillez es la característica principal del nuevo arte sacro. No consiste, como anota Le Corbusier, en la simple simplicidad, en hacer lo primero que se pueda, sino que es el resultado de la selección, que elimina lo superfluo, para dar a la obra creada gran intensidad y máxima concentración.

Tomando comparativamente lo que acabo de citar, con lo que dice el arte sacro —que la belleza es inseparable de la simplicidad, de la sinceridad, de la propiedad, nada groseramente falso, nada fingido, todo meticulosamente limpio— podría tenerse ésto como pauta para un arte que florece, y el cual los arquitectos estamos obligados a llevar a feliz expresión; no tomando la sencillez como eliminación de aparatocidad y exhuberancia, sino como la claridad de un análisis de programa, de líneas y proporciones, de empleo lógico de materiales, ausentando del recinto sagrado el amaneramiento y la afectación, logrando la total vinculación del celebrante con sus coadyubadores, los fieles.

Una hora de síntesis, decía Fustel de Coulanges, supone un año de análisis. Por ello es insincero el afán de desfigurar las cosas, especialmente la arquitectura que desaparece ante la presencia de elementos decorativos y falsos. Su gran continente material, con un contenido espiritual y no al contrario, un espiritualismo vacío de lo material y humano.

No es posible pretender una arquitectura y un arte religioso revolucionario y extremista, por el sólo hecho de romper con el conformismo creado por las obsesiones rutinarias, y las faltas de plenitud; es necesario ir directamente a la realización del espíritu de la generación actual.

Nuevo, podría ser solo un nombre que daríamos al arte actual, pero en este caso nuevo y revolucionario no son sinónimos, porque entonces tendríamos

### Notas

que llamar revolucionarios a todos los estilos, pues ellos lo han sido relativamente. De no ser así, nunca llegarían a la simple existencia, a no ser que lo nuevo les diera la razón de ser. Ciertamente, dice el Cardenal Mercier, novedad no es sinónimo de progreso, pero no es menos cierto que todo progreso en una u otra forma trae una novedad; si con el pretexto de la prudencia, agrega, cerrais el camino de toda novedad, paráis fatalmente todo avence y progreso.

Ninguna obra de arte puede ser creada por mera espontaneidad, o impulso solamente, y, al contrario, necesita mucho de reflexión, como toda obra humana. Pensemos que no trabajamos para nosotros, ni para salir del paso, sino para un nuevo orden de cosas que lentamente empieza a florecer, y que de las primeras bases que pongamos depende la belleza y estabilidad de lo que será la tan anhelada arquitectura religiosa del siglo XX.

Pertenece pues a la Iglesia, como ya lo está haciendo en todas partes, auspiciar la construcción de nuevos templos, y asumir una vigorosa actitud e invariable posición ante la arquitectura de la época y las avanzadas de la cultura.